


El desarrollo argentino en el marco de la globalización*



5

>> **Andrés Asiaín**

Licenciado en Economía

Integrante de la Cátedra Nacional de Economía *Arturo Jauretche*

Para discutir el desarrollo económico en la Argentina actual, hay que comenzar por situar históricamente el debate, en el marco del funcionamiento del capitalismo global y su impacto en la región. La etapa actual del capitalismo la podemos denominar como “globalización” que no es un fenómeno natural, sino una construcción social. La economía la construyen los hombres a través de sus sociedades, sus estructuras de poder y las decisiones de política económica derivadas de ellas. Y la globalización la constituyeron una serie de gobiernos conservadores. Acá empezamos con la dictadura militar (lo mismo que en Chile), después el menemismo, en Inglaterra con Thatcher, en EE.UU. con Reagan. Esos gobiernos conservadores comenzaron a aplicar políticas liberales, en el sentido de desregular los mercados. Especialmente, la globalización se constituyó sobre la base de la desregulación del comercio externo y de los movimientos financieros. O sea, permitir que las empresas exporten e importen, y también que muevan la plata de acá para allá, con pocas restricciones. Que si ganan plata en un país la puedan cambiar libremente y mandar al otro, que la puedan invertir allá o acá, sin importar las fronteras nacionales. En definitiva, la globalización es la transnacionalización del capital, de la planificación empresarial multinacional, permitida por el libre movimiento internacional de capitales y mercancías. Obviamente no de las personas –como lo saben los mexicanos, que tienen las empresas norteamericanas ensamblando autos por bajos salarios en la frontera del lado mexicano que después mandan a los Estados Unidos, pero los trabajadores mexicanos no pueden atravesar la misma frontera porque los detiene una gran muralla con unos señores poco amigables apuntándoles con sus armas. Entonces, la globalización es la globalización del capital.

¿Qué es lo que generó la globalización? Lo que generó es un cambio muy grande en la correlación de fuerzas entre las grandes corporaciones, entre el capital, entre las empresas y el trabajador. ¿En qué sentido

fue un cambio muy grande la correlación de fuerzas? Básicamente en que si un gobierno de base popular impone una reducción de la jornada de trabajo o eleva el salario, le aumenta los impuestos para financiar una mejora en la educación y la salud, le pone pautas ambientales exigentes, el representante de local de la multinacional dice: “qué bien, la verdad los felicito, que bueno que avancen en una sociedad más igualitaria pero me voy a ir a este otro país donde la jornada laboral es más larga, el salario es más bajo, me cobran menos impuestos y no me joden si contamina”. Entonces, la globalización lo que hizo es poner a competir a los pueblos, a los países, a veces a los gobiernos provinciales en el interior de los países por las inversiones y empoderó, le dio más poder en la negociación, a los grandes grupos empresarios para bajar las condiciones laborales, los salarios, los impuestos, las condiciones de control ambiental.

Esta es la dinámica que fue tomando el capitalismo en las últimas décadas (desde mediados de los '70 en adelante) y se fue traduciendo en una nueva organización internacional de la producción. Básicamente lo que es producción con mucha mano de obra a nivel industrial que se puede comerciar, se hace en los países de más bajo salario, de mayor jornada de trabajo, en países como India o China. ¿Con qué resultado? Bueno, lo que conoce cualquier trabajador textil de la República Argentina, que te digan: “Mirá, si te aumentamos el salario y te bajamos la jornada de trabajo no podemos competir. Porque entran los productos de China por 2 mangos y tenemos que cerrar”. Esa es la globalización. Eso es poner a competir a los pueblos, a los Estados frente al capital y la consecuencia es torcerles el brazo a los distintos pueblos del mundo y hacerles aceptar peores condiciones de trabajo, salarios más bajos, etc. Esto no sólo a nosotros. En realidad podemos decir que la ligamos de rebote, porque el principal objetivo de la globalización fue torcer el brazo a los trabajadores de los países más ricos, que habían conseguido las mejores condiciones de trabajo. La quiebra de Detroit en Estados Unidos, la crisis europea con sus planes de ajuste y masivo desempleo, son expresiones del avance del capital global sobre las condiciones de vida que habían obtenido la clase obrera norteamericana y europea.

Esta estrategia que para un empresario ambicioso puede ser muy rentadora tiene un problema y el problema es que el ser humano trabajador, ese al que le están bajando el salario obligándolo a trabajar más y a producir más, a su vez es el consumidor, porque es el que después

tiene que ir a comprar los productos. Estas empresas encima aplican nuevas tecnologías cada vez más productivas. Uno diría, saliéndonos de este sistema, si imperara el de la economía social y solidaria: “Si somos más productivos, tenemos mejores máquinas, bueno, trabajamos menos, ganamos más y vivimos mejor. Sino, ¿para qué está la máquina? ¿Para qué te vas a matar trabajando? Poné la máquina, trabajamos todos un poquito menos y vivimos mejor”. Pero se está haciendo lo contrario. Se introduce la maquinaria, se es cada vez más productivo, pero se imponen condiciones de trabajar cada vez más y por menos. Y esto genera una producción abundante que después no saben a quién vendérsela, generando una tendencia del capitalismo en su etapa globalizada hacia la crisis. Una crisis de sobreproducción, una crisis ridícula: hay gente, hay necesidades, pero no tienen a quién vendérsela. ¿Por qué? Por el egoísmo empresario traducido en políticas liberales de gobiernos conservadores. Es la ambición desmedida del capital la que lleva a la crisis porque no tienen a quién venderle.

¿Qué solución le dan a esta falta de demanda? Lo que hacen es darle al crédito y la especulación, reemplazando la demanda en base a ingresos salariales crecientes por demanda apalancada en el crédito y la valorización financiera. Así mantienen el poder de compra de los pueblos, de la gente, de países enteros. Los norteamericanos les dieron créditos hipotecarios a sus laburantes que tenían salarios estancados. Los tipos consumían hasta que eso, bueno, si a vos te dan créditos y ganas cada vez menos, llega un momento en que no lo podés pagar y estalla la crisis. Pero lo mismo hacen con países como en Argentina durante la convertibilidad o regiones como América Latina con los petrodólares de mediados de los setenta. Sostenían nuestros déficits comerciales impulsando la demanda de sus productos mediante el crédito y la especulación, hasta que esa expansión especulativa de la demanda se muestra insustentable y estalla, transformando economías milagrosas en Estados fracasados. Por eso, la globalización es una etapa en la que la mayor desigualdad, la nueva división internacional de trabajo donde las partes intensivas de mano de obra se hacen en países con salario bajo, es acompañada de especulación y crisis. Son todas características de la economía actual.

En el proyecto liberal de la globalización, nuestra región es la que le vende materias primas y alimentos a los países que fabrican bienes industriales intensivos en mano de obra, que a su vez proveen de esos

bienes a los países ricos que producen bienes de alta tecnología o viven directamente de la renta que cobran por ser los dueños del capital. Esa es la nueva división internacional del trabajo. En ese esquema, la Argentina produce soja de exportación, y unos pocos rubros más. Es el proyecto de los gobiernos neoliberales, de los '90, cuando cerraban las fábricas que no podían competir con los productos importados. Cuando en el conurbano las fábricas se transformaron en galpones para poner los containers de productos importados, los barrios obreros en villas miseria, y los hijos de los obreros en pibes chorros. ¿Quiénes sobreviven en ese modelo? Los dueños de la tierra, algunas trasnacionales que comercializan la soja y los que le brindan servicios asociados a su producción, el camionero que transporta el cereal, los que trabajan en los puertos, algunos bancos que financian esa actividad, un pedacito de la clase media que les brinda servicios profesionales, y los que realizan tareas de seguridad y servicio doméstico a los demás. Y el resto queda afuera, marginado.

Para algunos que piensan que esto puede no ser real, recordemos lo que fue el modelo agroexportador de la Argentina de hace un siglo, donde tampoco necesitaban trabajadores porque para producir lana o carne hay que poner alambre, vacas u ovejas y un peón cada -con suerte- 500 hectáreas. Como no se necesitaba mano de obra, directamente mataron a los que vivían en esas tierras (los indios), les sacaron la tierra y pusieron alambre, vacas y ovejas. O sea que ya existió el modelo de exclusión, de una minoría dueña de los recursos para la exportación y el resto marginado en las tolдерías (las villas de ayer) o asesinados con la excusa de combatir los malones de la inseguridad. Ese fue y es el proyecto de país del (neo) liberalismo. Si el mercado manda, dice que la Argentina se tiene que dedicar a vender soja y poco más, y el resto no sirve, no tiene lugar, está marginado de esa economía. Esto nos da una idea del proyecto liberal, la globalización y la inserción que tiene en la región y en nuestro país. Nosotros, Paraguay y Uruguay con la soja, los peruanos y chilenos vendiendo mineral, Venezuela y Colombia petróleo, lo mismo que México con algo de industria automotriz (que la arman para los norteamericanos), Brasil con la soja y algún producto industrial que ya insertó y puede pelearla. Díganos, ese es el panorama si Argentina se hubiera integrado al ALCA continuando con la senda de los años '90 de "integrarse al mundo" como lo llaman los políticos liberales.

Frente a ese proyecto se viene intentando construir una alternativa que no es sencilla. La Argentina logró despegar del modelo liberal por dos circunstancias. La causa interna fue el propio estallido de la convertibilidad, la crisis de ese modelo derrumbó el consenso, el apoyo social al modelo neoliberal. Por el otro lado, el dejar de pagar la deuda y la propia crisis económica que sufrimos, permitió que manejáramos nuestra economía con cierta autonomía del FMI, de los organismos internacionales que imponían y condicionaban que sigamos dentro del proyecto de la globalización. ¿Por qué autonomía? Porque en el año 2002, con el 50% de los argentinos en la pobreza, con muy poca producción, con muy bajo consumo, tampoco comprábamos nada afuera. No importábamos productos porque el nivel de depresión económica era total. Eso hizo que con los dólares que entraban con nuestras exportaciones empezáramos a juntar reservas y estabilizáramos la economía sin necesidad de pedir crédito afuera. Entonces empezamos a recuperar cierta independencia económica que fue la base para la autonomía política que permitió empezar a pensar un proyecto político alternativo. ¿Por qué digo esto? Porque para que haya un proyecto político con una determinada orientación no alcanza con que votemos y elijamos. Tiene que haber una base económica real que permita que ese gobierno tenga poder real. Nosotros antes, en la época en que estábamos hiperendeudados y dependíamos de que nos prestaran para sostener el funcionamiento de la economía, podíamos votar radicales, peronistas, o una alianza de radicales y peronistas y el programa económico era el mismo. No cambiaba. Lo mismo le pasa a la periferia europea, que vota conservadores, socialistas y dicen “dejemos de votar, ¿para qué vamos a votar si votamos a cualquiera y es lo mismo?”. Porque el poder real está en otro lado. Estas son naciones muy endeudadas que necesitan que les presten plata de afuera para seguir adelante. Entonces, el que impone las condiciones, el que manda es el tipo que le va a prestar la plata.

Entonces, dejar de pagar la deuda y recuperar cierta autonomía mediante la depresión económica en un primer momento, fue la condición necesaria para tener la independencia económica para después, cuando asume Néstor Kirchner, implementar un proyecto nacional y popular. No dependías del crédito y no te tenía que dar el visto bueno el FMI, los mercados, no tenía que bajar el riesgo país. Antes te manejaban a control remoto. Hacías una medida que no les gustaba, tocaban

el botón y te subían el riesgo país y empezabas a temblar y decías “no, no, vamos a hacer lo que dicen”. Cuando se rompe con esa dependencia es cuando empezamos a tener la autonomía para plantear un proyecto político alternativo. Antes te decían “bajá las jubilaciones” y después subieron las jubilaciones, te decían “privatizá el servicio de jubilaciones” y después se nacionalizaron las AFJP. Te decían “hay que bajar salarios y flexibilizar el mercado de trabajo”, aumentamos salarios y ponemos paritarias. Todos esos cambios, necesitaban un gobierno con poder, con poder frente a los organismos internacionales, frente a los acreedores externos y eso se logra primero con la cesación de pago de la deuda y después con conseguir los dólares de nuestro comercio exterior y no teniendo que pedirlos prestados.

La Argentina empieza a intentar un proyecto de alejarse del modelo neoliberal. La principal ruptura es que antes vos tenías que dejar entrar todo lo que venía desde afuera y si era más eficiente el producto chino, era más barato y bueno, “mala leche”, cierran las fábricas y el que quedó en la calle quedó en la calle. “Hay que ser eficientes” decían. Bueno, se empieza a pasar a un proyecto en el que dicen “no, se privilegia el trabajo y si hay que trabar las importaciones o hay que elevar el dólar, se tomarán las medidas necesarias para defender la producción y el empleo nacional”. Por más que algunos puteen, van a trabar las importaciones porque es importante que la fábrica, más allá de que el producto chino sea más barato o no, siga fabricando en la Argentina porque esto crea empleo. Y sino, esa gente queda en la calle y no tiene de dónde agarrarse, pasan a ser los excluidos del modelo liberal.

Entonces se empieza a privilegiar la producción nacional frente a lo que era el discurso del neoliberalismo de dejar entrar los productos vengan de donde vengan. Esto tiene sus pros y sus contras. Sus contras que son, en general, que el producto nacional no suele ser tan bueno como el importado. Pero el tema es que se produce acá y hay tipos trabajando en una fábrica haciendo la licuadora que antes venía de afuera. Y eso le da trabajo a la gente. Claro, los tipos que viven ligados al sector agropecuario o maman de alguna de las tetas derivadas de ese proyecto agroexportador, dicen “No, prefiero el otro modelo. Qué me importa que queden desocupados y marginados en la villa miseria. Pongan un murallón con muchos guardias de seguridad, nosotros vivimos en el country, seguimos cobrando la renta del campo, los asesosamos, les hacemos algún servicio y compramos la licuadora importa-

da que funciona bien, más barata, vivimos mejor”. Acá hay intereses contradictorios. Esto no es una fantasía o un invento del kirchnerismo, hay intereses contradictorios, de diferentes proyectos de país. Los tipos que tienen asegurado vivir dentro del marco de la globalización por un lado. Por el otro, las mayorías que si no toman conciencia de la necesidad de consolidar el proyecto nacional y popular, corren el riesgo del desempleo y la marginación.

Uno de los ejes del proyecto nacional y popular es defender la producción nacional. Con todas las dificultades que implica avanzar en el desarrollo industrial, sabiendo que una cosa es tener la voluntad política y otra cosa es lograrlo. Pensemos que cada día sale un celular nuevo, una computadora nueva y nosotros consumimos todo eso y no lo producimos. Si no lo producimos lo tenemos que pagar en dólares, y si no tenemos los dólares, está la amenaza de la crisis. Entonces, es un proceso complejo de aprendizaje que también tiene que ver con nuestras pautas de consumo. Si no consumiéramos ni celulares ni máquinas y anduviéramos en bicicleta mandándonos señales con chiflidos, podríamos ser autónomos. Pero en la medida de que tengamos pautas de consumo occidentales y un aparato productivo del Tercer Mundo, tenemos que resolver esas contradicciones y eso implica un trabajo siempre difícil.

Pero bueno, con todas esas contradicciones y dificultades se intentó avanzar. Se defiende la producción nacional, se fomenta la industrialización. Se trabajará con errores de gestión, de visibilidad, de estrategia, de planificación, con todo lo que podamos querer, pero con un objetivo de defensa de la producción nacional para sostener el empleo. El tema es que muchas de estas producciones, sobre todo la más intensiva en mano de obra, compiten con productos de países con mano de obra barata, largas jornadas y enormes escalas de producción. Ya no es la industria de la época de Perón que competía con países industriales de elevados salarios y buenas condiciones de trabajo. Además, la cantidad de trabajadores en una fábrica es menor. Mucha tecnología, muchas partes que directamente se traen de afuera porque es muy difícil competir y si vos empezás a fabricar localmente ya se te encarece tanto el producto final que está muy lejos del estándar de producción. Entonces, todas esas tensiones hacen que tampoco la industria sea lo que absorbe mano de obra como en otras épocas y ahí vienen las políticas de inclusión que exceden la defensa de la producción nacional.

Las políticas sociales: asignación universal, ampliación jubilatoria, los proyectos de cooperativas de economía social.

Con el eje en la producción, el empleo y las políticas de inclusión, se fue configurando un esquema económico expansivo, de tipo keynesiano, de ampliación del consumo, las ventas, la producción y la inversión, con eje en el mercado interno. Este proceso tuvo condiciones favorables internas y externas en los primeros años básicamente en un primer momento con la economía internacional creciendo mucho y después los altos precios de las materias primas que nos dieron un ingreso extra de dólares que es la moneda con la que tenemos que comprar las importaciones, los insumos, los materiales necesarios para seguir creciendo sin necesidad de tomar crédito. Apuntalamos la independencia económica con la política de desendeudamiento, con el pago al FMI que simboliza el fin de una época de dependencia. Pero esto empieza a llegar a un nivel estrecho por la propia expansión económica, de la producción, el consumo y la inversión que impulsa nuestras importaciones de energía, insumos y maquinaria, y también porque cambiaron las condiciones internacionales. La balanza de cuántos dólares gastamos y cuántos dólares entran, empieza a estar apretada. Entonces queremos crecer, fomentar el consumo, batir récords de ventas de o kilómetro como en la actualidad, pero eso implica un fuerte salto del gasto de dólares en importaciones de autopartes, de combustibles. Y así corremos el riesgo de que en unos meses, la reactivación económica se vea frenada por una escasez de dólares que obligue a retrasar las autorizaciones de importaciones, frenando la producción.

Es decir, la economía empieza a llegar a un límite dado por el propio éxito de las políticas económicas que brindaron una década de crecimiento económico. Es el crecimiento de la producción, del consumo, de la inversión a niveles que duplican los máximos alcanzados en los años noventa, los que chocan contra las restricciones estructurales de nuestra economía. Crecimos y nos queda chica la ropa, y hay que cambiar las pilchas antes de que se nos rompan y nos dejen desnudos en medio del camino. Para seguir creciendo, ya no alcanza con el círculo virtuoso keynesiano que queda atrapado en la restricción externa, hay que traspasar ese límite a partir de políticas estratégicas. Ya se acabó la etapa del crecimiento y en todo caso para seguir creciendo hay que dar lugar a una etapa superior: la del desarrollo.

La tarea no es sencilla. La mayor complicación es la transición, que mientras maduran los proyectos como la explotación de hidrocarburos no convencionales, y para cuidar los dólares se pongan restricciones a la importación, a la compra de moneda extranjera, mucha gente diga “este gobierno de mierda” y termine votando a algún irresponsable que prometa dólares para todos y todas. El riesgo de que para evitar las dificultades del desarrollo se intente retornar a los mercados de crédito, aceptando pagarle el 100 por ciento a los buitres, todo lo que pida el Club de París, lo que pidan en el CIADI, gastando las últimas reservas y haciendo un nuevo festival de bonos que nos sumerja nuevamente en la dependencia con la promesa incierta de conseguir dólares en los mercados financieros. O bien ceder a los que dicen “esto se resuelve con un tipo de cambio más competitivo” y aumentar el dólar bruscamente incrementando las ganancias de los exportadores que, sin embargo, van a seguir exportando casi lo mismo ya que la cantidad producida de soja, autos, y los principales productos de exportación no depende del nivel del tipo de cambio. Tampoco hay que esperar que un dólar más alto genere demasiados avances en la sustitución de importaciones, porque el mercado interno ya lo protegemos con la restricción a las importaciones.

La devaluación brusca del peso no va a solucionar el problema que tenemos de la falta de dólares para sostener la expansión del consumo, la producción y la inversión. Sino que va a haber un salto muy grande en los precios de todo lo importado y de todo lo ligado al campo que se venden afuera en dólares, produciendo una caída del poder de compra de los salarios, del consumo interno y así van a ajustar las cosas. Va a haber menos importaciones y van a sobrar dólares porque va a haber un sector amplio de la población que no va a consumir, que no va a producir y entonces la minoría ligada al sector agroexportador va a poder viajar tranquila al exterior, va a poder comprar productos importados, porque va a haber dólares abundantes pero sólo para ellos y a costa del resto ajustado de la sociedad que va a quedar afuera.

Esas son en forma general las dos variantes de la oposición con respecto a la restricción de dólares que frena el crecimiento: salir a buscar capitales afuera y endeudarnos y la otra, la de la brusca devaluación. ¿Qué nos queda que no sean esas alternativas? No son caminos fáciles. Lo que tenemos que lograr es desarrollar la producción de aquello que ahora traemos de afuera. Es el ejemplo, de la expropiación de Repsol,

del acuerdo de YPF con Chevron, con el objeto a lograr el autoabastecimiento energético. Lo mismo pensado en otros sectores. Negociar con empresas o desarrollar localmente sustitución de importaciones. Avanzar, que el automóvil en vez de ser en un 80% de componentes importados, tenga cada vez más componentes producidos localmente. Esa es una línea de trabajo y mientras madura la sustitución de importaciones, la otra línea de trabajo tiene que venir con el cambio de las pautas de consumo. ¿En qué sentido? En que hoy en día el trabajador que gana un buen salario, se compra el cero kilómetro, se compra un plasma, les cambia el celular a sus hijos. Y ese modelo de consumo es el dólar intensivo, porque son todas pautas de consumo centradas en rubros que no fabricamos localmente, hacia el que además está orientado la mayor parte del crédito al sector privado que brinda el sistema financiero. Entonces hay que empezar a pensar estratégicamente políticas que apunten a modificar la estructura de gastos orientándolas a sectores intensivos en materiales nacionales, como la construcción. ¿Por qué lo digo? Para que lo tengan en claro: crear un puesto de trabajo en la industria automotriz cuesta más o menos 40 mil dólares al año (algunos estiman el doble). En cambio en la construcción cuesta 2 mil dólares. ¿Por qué? Porque las construcciones son casi todas con materiales nacionales salvo en los cerámicos (incluso se pueden sustituir). En cambio en automóvil es casi todo importación. De esa manera, con el mismo gasto de dólares se crea 1 puesto de trabajo en la industria automotriz o 20 en la construcción. Por eso es importante plantear la regulación del mercado inmobiliario y de la política de crédito hipotecario. Porque un trabajador que accede a un crédito y compra en cuotas una vivienda, va a comprar menos celulares, renovar menos el auto.

Entonces, batir menos récord de producción de automóviles pero desarrollar la construcción y el acceso a la vivienda genera muchísimo empleo y requiere pocos dólares. Eso es empezar a pensar también estratégicamente qué pautas de consumo y qué sectores de la producción son estratégicos y hay que desarrollar. Esos son caminos hacia adelante en esta coyuntura para fortalecer el proyecto que se inicia en 2003 y no dar marcha atrás con las alternativas que hoy en día se están barajando desde la oposición.

** Versión revisada de conferencia dictada para la Tecnicatura Universitaria en Economía Social y Solidaria, Universidad Nacional de Quilmes, 16 de agosto de 2013*